



PARA PENSAR EN EL ATRASO VENEZOLANO

Yoston Ferrigni Valera: *El laberinto del progreso: problemas y estrategias de la economía en Venezuela, 1810-1858*. Caracas: Fundación Bancaribe. 2014.

TOMÁS STRAKA / Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

El profesor Yoston Ferrigni Varela se ha propuesto delinear una teoría del atraso con base en el estudio de la historia económica de Venezuela durante la primera mitad del siglo XIX. El esfuerzo, de por sí importante desde el punto de vista académico, puede sonar a erudita tesis de doctorado o a soporífero trabajo de ascenso, si no fuera porque dos noticias que recorren el mundo muestran su urgencia y actualidad. En efecto, al leer la última página del tratado se anuncia el triunfo del «No» en el referéndum de Grecia y las agencias de noticias empiezan a reflejar la bancarrota del gobierno de Puerto Rico. No es posible saber el desenlace de ambos procesos ni su estado de desarrollo para el momento en que esta nota llegue a los lectores de *Debates IESA*, pero ambos casos recuerdan una situación vivida por los venezolanos, al menos por un sector de su sociedad, 200 años atrás y que está en el centro del problema que inquieta a Ferrigni Varela: ¿de qué manera dejar atrás eso que en el siglo XIX llamaban atraso para encaminar al país hacia la prosperidad? ¿Qué papel puede y debe desempeñar el mercado en esto?

Como los griegos que se acaban de plantar ante el Banco Central Europeo y el Eurogrupo, aún no se sabe si para su bien o para su mal, y como empiezan a debatir algunos puertorriqueños, el sector de la élite venezolana que desde 1810 asumió la conducción del país se basó en una idea determinada de la naturaleza de los procesos económicos, para concluir que la administración extranjera se oponía a su libre desenvolvimiento, lo que causaba la pobreza y el atraso general del país. Es una idea que tendrá diversas caras y producirá diversas respuestas en dos siglos, pero que en su esqueleto ha manifestado esta convicción. Como recuerda Ferrigni Varela, «desatar las fuerzas matrices de la economía, cautivas durante el período colonial, propiciar la articulación armónica con la

economía internacional y dejar que la dinámica espontánea encaminara a la sociedad venezolana hacia la riqueza y el progreso» (p. 293) fue lo que en términos económicos se propusieron los republicanos de 1811 y lo que seguiría proponiéndose la élite en lo subsiguiente. Si había atraso era porque las dinámicas naturales que rigen la economía estaban obstruidas por todas partes y era necesario, por lo tanto, liberarlas. Tal fue, según el autor, la primera base de una línea de pensamiento sobre las razones del atraso que ha sido esencial en la forma de vernos como nación y planearnos hacia el futuro.

Reflexionar sobre este asunto «permite apreciar, con no pocas sorpresas, la dimensión de presente que tienen los problemas del subdesarrollo, sus explicaciones y muchas de las fórmulas» llevadas adelante para conquistar durante estos últimos dos siglos «la civilizada riqueza del mundo anglosajón, o en términos de nuestro tiempo, para transitar desde el subdesarrollo al desarrollo» (pp. 11-15). Es un problema de envergadura, por el que ha trajinado la mayor parte del mundo desde los procesos de descolonización de la posguerra y que en la actualidad está en el centro de los debates en torno a la globalización. Es, también, un problema que en los países latinoamericanos se planteó desde mucho antes, acaso primero que en cualquier otra parte del planeta. Como quiera que fueron las primeras naciones no europeas que se plantearon convertirse en modernos Estados europeos, por sus instituciones, su economía y sus valores socioculturales —y que, al mismo tiempo, fueron las primeras que fracasaron en eso, o al menos enfrentaron enormes dificultades para lograrlo—, también se preguntaron antes que nadie por qué no podían hacer lo que en el viejo mundo aparentemente había salido muy bien. Esto tiene sus matices.

Se podrá decir que Estados Unidos, la gran inspiración de los criollos

independentistas, demostró que sí era posible reproducir a la Europa moderna fuera de Europa (como después lo harían Australia y Canadá), por lo que a la afirmación de que fueron las «primeras naciones no europeas» hay que agregar una aclaración: las primeras sin la preexistencia de una economía capitalista y de una sociedad moderna. Además, ni el fracaso ha sido total ni puede negarse todo lo avanzado. Para comienzos del siglo XXI, el panorama latinoamericano es más bien alentador en cuanto a sus avances hacia la conquista de la libertad y el bienestar para las mayorías (por mucho que Venezuela sea, en ese contexto, la excepción).

Desde que las cosas comenzaron a resultar más difíciles de lo que pensaron los padres de la patria, ya en la década de 1820, se han desarrollado muchas ideas para abonar a la teoría del atraso: el peso de la herencia católico-española, el estigma del mestizaje, la calamidad de ser tropicales (en los países que lo son), las cadenas del imperialismo financiero, la dependencia y muchas más. Ferrigni Varela se centra en las ideas económicas de los primeros dos o tres grandes períodos de la vida independiente venezolana, esos que incluyen los primeros ensayos republicanos (1810-1819), la llamada Gran Colombia (1819-1830) y la república oligárquica que se extiende de la secesión de Colombia al colapso institucional que da paso a la Guerra Federal.

Los venezolanos de aquel período estaban imbuidos de la idea del progreso como ley suprema de la sociedad. En consecuencia, concluyeron, solo había que dejar que esos mecanismos indefectibles y naturales que llevaban a las sociedades a ser prósperas y felices actuaran libremente, al contrario de lo implementado por España con su montón de impuestos y regulaciones. Era lo que evidentemente habían hecho los ingleses y los estadounidenses (en realidad no era tan así en aquellos días de las Corn

Laws y el American System, aunque en ambos casos la libertad económica era mucho mayor que la española) y era, en consecuencia, lo que había que hacer; es decir, el *laissez faire* y el *laissez passer* más radicales. De hecho, fue lo que se hizo: desmontar los controles coloniales desde 1811, cuando se proclama la libertad de industria, hasta llegar al punto más alto durante la década de 1830.

El problema es que no se logró el anhelado progreso, o se logró poco. La historia de las ideas muestra hasta qué punto esto creó angustias entre los venezolanos, que rápidamente comenzaron a solicitar intervención estatal (Antonio Leocadio Guzmán y el resto del Partido Liberal a partir de 1840) o cierta moderación cristiana en la aplicación de las medidas (Fermín Toro o Ramón Ramírez). Al final se impuso una combinación de intervención del Estado con inversión extranjera, a ver si de ese modo se salía del atraso. El largo período que abarcan el guzmancismo y el gomecismo (1870-1935) fue un ejemplo de ello, con un balance que aún genera polémica, pero que no debe confundir en un aspecto: nunca se renunció a la fe en el progreso ni a la confianza en la libertad económica para alcanzarlo. La intervención estatal tenía el objeto de facilitar los negocios de los actores económicos, pero el progreso dependería de su iniciativa individual.

El estudio de Ferrigni Varela se detiene en 1858. De hecho, no adelanta proyecciones ni se dedica a redondear sus tesis histórico-historiográficas. En un giro que puede inspirar dudas sobre el ensamblaje y el objetivo de la obra, deja de ser un tratado de historia de las ideas para convertirse en una teorización propia sobre las razones por las que el liberalismo no surtió el efecto esperado. El autor deja de analizar el pensamiento sobre el atraso de los venezolanos del siglo XIX para explicar por qué estaban errados y así, poco a poco, exponer su pensamiento al respecto. «Ni el concepto de la ley natural como motor de la historia, ni la idea del progreso como ley suprema de la sociedad, tenían solidez teórica» (p. 304). Es algo en lo que coinciden casi todos los científicos sociales de la actualidad, pero en este caso la crítica al historicismo no conduce a ideas liberales, como suele ocurrir con los críticos del historicismo, sino, en alguna medida, a la crítica del liberalismo, al menos como era entendido en las primeras décadas del siglo XIX.

«La crisis mostró que la marcha de la economía implicaba fluctuaciones que no dependían del comportamiento de los factores domésticos de la economía, sino que obedecían a la compleja y cambiante dinámica del mercado internacional. Expansión y contracción se convirtieron, así, en ciclos espasmódicos que se alternaban de manera recurrente» (p. 306). Había que «descubrir la vulnerabilidad que se desprendía del carácter monoprodutor de la economía venezolana; las implicaciones que se derivaban de su alta dependencia de las exportaciones

Los venezolanos de principios del siglo XIX estaban imbuidos de la idea del progreso como ley suprema de la sociedad. En consecuencia, concluyeron, solo había que dejar que esos mecanismos indefectibles y naturales que llevaban a las sociedades a ser prósperas y felices actuaran libremente, al contrario de lo implementado por España con su montón de impuestos y regulaciones

agrícolas y de la capacidad para asimilar, sin conmociones domésticas, los vaivenes de un solo producto en el mercado internacional» (pp. 307-308). Pero hay más: «La estrategia de crecimiento económico descansaba sobre otro equívoco: los preceptos del liberalismo, el librecambismo y el *laissez faire*, no habían alcanzado vigencia plena en el mercado internacional y ni siquiera se habían impuesto como regla dominante en la Gran Bretaña, santuario de la doctrina liberal. Su validez comprobada, pues, no era cierta» (p. 308). El ejemplo del impuesto sobre el café establecido por los ingleses en 1840, y que produjo problemas diplomáticos porque violaba los acuerdos comerciales de reciprocidad entre los dos países, mostró que las normas estaban lejos de ser de perfecta igualdad en el mercado.

El sentido histórico le indicaría a un historiador que la dirigencia venezolana no contaba con los apercibidos teóricos para enfrentar esa realidad. Además, tan rápido como en la década de 1840 hubo sectores que comenzaron a hacerle observaciones al estricto cumplimiento del *laissez faire*. Tal vez una debilidad de la argumentación del autor es que muestra las falencias del historicismo de aquellos venezolanos, pero no termina de sustraerse de él. Aunque es cierto que las ideas de progreso y atraso tienen equivalentes contemporáneos en desarrollo y subdesarrollo, también lo es que no

significan exactamente lo mismo. Las primeras expresaban una visión de la historia regida por leyes más o menos indefectibles, con una dirección clara y lineal, que permitían ver, una vez que se tenía el mapa general del sentido de la historia (y entonces hombres como Hegel, Comte, Spencer o Marx creían tenerlo), quién estaba atrasado y quién avanzado en esa carrera hacia el progreso. Si Ferrigni Varela no comparte esta visión, al menos no fue enfático en aclararlo y parece aceptar las categorías de atraso y progreso sin mayores reservas. Del mismo modo, para un

historiador probablemente hay otra debilidad en recurrir a una evidencia documental muy limitada para la amplitud de las conclusiones que extrae, así como a un respaldo historiográfico que, cuando menos, requeriría actualización. Trabajos esenciales sobre el tema, de Elías Pino Iturrieta o Catalina Banko, no aparecen consignados en la bibliografía, lo que sorprende a cualquiera que se haya adentrado un poco en él y que, tal vez en términos historiográficos, sería difícil excusar. De Pino Iturrieta, por ejemplo, cita uno de sus libros, pero deja por fuera a los dos que se dedican a estudiar el mismo problema que trata: el pensamiento liberal venezolano de 1830 a 1858.

Pero lo anterior no desdice del aporte fundamental del estudio: una visión panorámica de las certezas sobre las que se basaron las políticas económicas por un siglo, y de las estrategias que se implementaron para llevarlas adelante. Además, el libro cuenta con un apéndice estadístico que es en sí mismo un aporte. Y todo esto sin contar con que plantea un problema cuya vigencia queda plenamente comprobada con las bancarrotas de Grecia y Puerto Rico, y con la situación precaria que padecen los venezolanos. En estos tres casos, la disyuntiva entre más o menos mercado para salir del atraso está en el centro del debate, en unos sitios porque tal vez se le ha obedecido mucho y en otros porque tercamente no se le quiere oír. 